



La maldición del faraón

Ilustraciones:
CLARISSA CORRADIN

Editado por
TECNOSCIENZA



CLARISSA CORRADIN

NACIDA EN IVREA (ITALIA) EN 1992, CLARISSA CORRADIN ESTUDIÓ EN LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES DE TURÍN, DONDE SE ESPECIALIZÓ EN PINTURA E ILUSTRACIÓN EDITORIAL. CORRADIN ES UNA APASIONADA DE LA ILUSTRACIÓN, POR LO QUE HA CENTRADO SU CARRERA EN LA ILUSTRACIÓN DE LIBROS DE FICCIÓN PARA NIÑOS Y ADOLESCENTES. EN LOS ÚLTIMOS AÑOS HA ILUSTRADO VARIOS LIBROS PARA WHITE STAR KIDS.

TECNOSCIENZA

TECNOSCIENZA ES UN GRUPO DE AUTORES Y EDUCADORES QUE LLEVAN 15 AÑOS TRABAJANDO EN LA DIVULGACIÓN DE CONOCIMIENTOS CIENTÍFICOS, TECNOLÓGICOS, SOBRE MATEMÁTICAS Y EL MEDIOAMBIENTE PARA NUMEROSES ORGANIZACIONES, COMO MUSEOS Y EMPRESAS. SUS LIBROS, PUBLICADOS EN MÁS DE 20 PAÍSES, ESTÁN PENSADOS PARA INSPIRAR IDEAS, ACCIONES Y EMOCIONES.

Puedes consultar nuestro catálogo en www.picarona.net

LA Maldición del Faraón
Texto: *Tecnoscienza*
Ilustraciones: *Clarissa Corradin*

1.ª edición: febrero de 2026

Título original: *The Pharaoh's curse*

Traducción: *Daniel Aldea*
Maquetación: *El Taller del Libro, S. L.*
Corrección: *Sara Moreno*
Diseño gráfico: *Valentina Figus*

WS whitestar Kids® es marca registrada de White Star s.r.l.
© 2021, White Star s.r.l.
Piazzale Luigi Cadorna, 6 - 20123 Milán, Italia
www.whitestart.it
(Reservados todos los derechos)

© 2026, Ediciones Obelisco, S. L.
www.edicionesobelisco.com
(Reservados los derechos para la lengua española)

Edita: Picarona, sello infantil de Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: picarona@picarona.net

ISBN: 978-84-9145-863-0
DL B 11031-2025

Printed in China



¡Cuatro anillos para un faraón!

Como estaba muy aburrido, Mark se puso a recordar, sentado sobre una roca cerca de la excavación arqueológica, los acontecimientos de los últimos días. Fátima y él llevaban varias semanas en Egipto. Cuando George Pirámide, arqueólogo de fama internacional y amigo de sus padres, les había ofrecido unirse a su expedición, los dos amigos se quedaron atónitos ante su buena suerte. Les esperaba el país de los faraones, las esfinges, los amuletos y las momias. ¡Misterios y aventuras increíbles a la vuelta de la esquina! O eso pensaban...

Sin embargo, tras el vuelo hasta El Cairo y una caminata de dos días por el desierto, llegaron a un pueblecito cercano al oasis de Bahariya, ¡donde descubrieron que el trabajo de un arqueólogo es muuuuuuy aburrido! Se pasan el día bajo el sol ardiente moviendo piedrecitas de aquí para allá, limpiando pequeños objetos y catalogando hasta la última roca. El señor Pirámide estaba seguro de que encontrarían la antigua pirámide construida para el faraón Tutankamel hace miles de años. Pero no había rastro de ella por ninguna parte.

—Siglos de tormentas de arena han debido de cubrirla —había conjeturado el señor Pirámide.

Ante lo cual, Mark sólo tenía una cosa que añadir:

—¡Menuda lata!

Justo en ese momento vio acercarse a Fátima con un brillo en la mirada.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—Nada. ¡Sólo que he encontrado esto! —Fátima abrió la mano para revelar una piedra blanca y brillante unida a un amuleto.

—¿Dónde la has encontrado?

—Es increíble!



—Junto al viejo oasis —repuso ella con una sonrisa—. Y esto no es lo único que he encontrado...

Mark tuvo la sensación de que se avecinaba algo emocionante.

—¿Quéquieres decir? —le preguntó, poniéndose en pie de un salto.

—En mitad del oasis hay un pozo seco. En el fondo del pozo hay una losa de piedra y, en medio de la losa, una pequeña hendidura con la misma forma que esta piedra.

—¿Y? —insistió Mark.

—Bueno, puede que haya colocado la piedra en la hendidura y...

—¿Y? ¡Venga! ¡Cuéntamelo!

—Han aparecido unas escaleras que se internaban en la arena. No se veía nada. Casi me caigo dentro.

Mark miró a Fátima con incredulidad.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —le preguntó.

—¡Hemos encontrado la pirámide! —gritaron al unísono.

—¡Deprisa! —añadió Mark—. ¡Vamos!

Fátima le dirigió una mirada de preocupación.

—¿No deberíamos
decírselo al señor
Pirámide?





—Oh, venga. ¿No te apetece vivir una pequeña aventura?

Fátima se lo pensó un segundo y luego exclamó:

—Vale. ¡Vamos!

Después de preparar las mochilas, coger una cantimplora y meterse unas cuantas galletas en los bolsillos, Fátima y Mark emprendieron el camino hacia el pozo seco del oasis. Una vez allí, Fátima colocó la piedra en la hendidura de la losa que había en el fondo del pozo. Y, ante la escéptica mirada de Mark, se oyó un tenue rumor y la losa empezó a deslizarse hacia un lado, revelando unos inclinados escalones de piedra que desaparecían en la oscuridad. Los dos aventureros iniciaron el descenso. La escalera era muy estrecha, y para abrirse paso en la oscuridad sólo contaban con las linternas de sus teléfonos móviles.

Continuaron bajando durante unos minutos. Justo cuando empezaban a pensar que tal vez lo mejor era regresar, doblaron la última esquina y... ¡dejó de estar oscuro! Cientos de antorchas se encendieron a la vez a su alrededor.

Mark y Fátima estaban solos en un gran vestíbulo rodeado de altas columnas, dos de las cuales sostenían una pesada puerta tallada con el rostro de Ra, el dios del Sol.



—¡Mira cómo brilla! —gritó Fátima.

Aturdido, Mark susurró:

—Éste es el lugar que el señor Pirámide estaba buscando.

Miraron a su alrededor en busca de alguna pista que les indicara cómo entrar, pero no vieron cerraduras ni llaves. Entonces, Fátima encontró una pequeña estatua apoyada en un altar. Mark se acercó y la cogió para observarla más de cerca. De repente se oyó un chasquido que resonó por toda la cámara. La arena bajo sus pies cedió y, desprevenidos, los dos amigos cayeron al vacío. Tras una caída que pareció eterna, Fátima y Mark aterrizaron en una habitación húmeda y oscura.

—Lo siento —dijo Mark, decepcionado consigo mismo—. Tendría que haberme dado cuenta de que era una trampa. ¿Te has hecho daño?

—No, pero tengamos más cuidado de ahora en adelante. Por cierto, ¿dónde estamos? —preguntó Fátima mientras se sacudía el polvo de encima.

—No lo sé. No veo nada. Espera, déjame coger el móvil. —Mark encendió la linterna de su teléfono y de repente dio un respiñgo. Ante ellos, en la oscuridad, había un gigantesco sarcófago dorado.



Mark y Fátima se acercaron.

—Está lleno de jeroglíficos —susurró Fátima. Cautivada, lo tocó a la tenue luz del móvil y ¡clac!, pulsó accidentalmente un botón.

Ante sus ojos, una grieta empezó a abrirse en el sarcófago y, a través de ella, apareció una mano seca y huesuda.

—Gracias, chicos. Casi no podía moverme ahí dentro —exclamó una sonriente momia.

—¿Quién... quién eres? —tartamudeó Fátima, mirando fijamente a su nuevo compañero.

—¿Yo? Soy el faraón Tutankamel, por supuesto.

—Pero... pero ¿por qué estás aquí? —preguntó Mark con un hilo de voz.

—¡Estoy aquí porque me engañaron! —explicó la momia con impaciencia—. ¿Veis mi mano? ¿Veis estos anillos pelados? En estos huecos vacíos había piedras sagradas, unas piedras que necesito para completar mi viaje al más allá. ¡Pero alguien me las ha robado! ¿Podrías ayudarme a encontrarlas?

Los dos aventureros se miraron y asintieron.

—De acuerdo —dijo Fátima—. Pero, a cambio, tienes que ayudarnos a salir de aquí y... ¡espera! ¡La habitación se está inundando de agua!

—Es un mecanismo de seguridad. Pronto llegará hasta el techo.

—Y lo dices tan tranquilo.

—Mmm. Tal vez tengas razón. Tenemos un problema —reconoció la momia.

—¡Dinos qué debemos hacer!

—Estad atentos.

Encontraréis varios rompecabezas que os permitirán entrar en las diferentes salas de la pirámide.

Cada una de ellas contiene una de mis piedras sagradas. Pero están escondidas. Si las encontráis, yo recuperaré mis poderes y os podré ayudar a escapar. ¿Qué me decís?

